

Un respiro en la literatura colombiana

La perra

PILAR QUINTANA

Penguin Random House, Bogotá, 2018, 108 pp.

“SI USTED puede vivir de otra cosa y ser feliz en esa otra cosa, hágala porque esta carrera es muy dura”. Es es lo que Pilar Quintana (1971) aconseja a quien quiera dedicarse a escribir. *La perra*, su más reciente novela, ha sido muy bien recibida por la crítica y ya tiene una buena cantidad de lectores gracias al IV Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana que en el mes de enero la autora ganó con esta obra. Por fortuna, ella hizo caso omiso de sus propios consejos y decidió transitar ese duro camino. Prueba de ello es esta exquisita novela.

En algunas de las entrevistas que se rastrean a través de internet, Quintana apunta que ella se formó haciendo libretos para televisión. Allí aprendió a contar historias de manera efectiva. Una de las series en las que trabajó como libretista —muy recordada— fue *Cartas a Harrison*. Ella es una persona práctica: dice que para sentarse a escribir solo es necesario un lapicero y un cuaderno. La autora vivió varios años en la selva del Pacífico colombiano, donde escribió historias de ciudad. No fue hasta cuando abandonó la selva que, en Bogotá, y mientras criaba a su hijo recién nacido, logró escribir sobre su experiencia en ese mundo apartado.

La autora caleña ha publicado varias novelas, y sus cuentos se han dado a conocer en revistas como *Etiqueta Negra*, *SoHo*, y en la desaparecida *Pie de Página*. Ya en novelas como *Cosquillas en la lengua* (Planeta, 2003) se intuye esa narradora precisa, eficaz, como se percibe igualmente en su cuento “Violación”, publicado en *Pie de Página*: una narradora sin pelos en la lengua para desnudar la crueldad del ser humano.

Según cuenta la autora, escribió *Cosquillas en la lengua* mientras la vivía; su personaje principal, de hecho, se llama Pilar Quintana. En él hay una necesidad inmensa de rebeldía, de injuriar el mundo, el trabajo, a los hombres. Es una historia sobre una

mujer que busca su libertad, pues se siente encerrada en una Cali donde todo le parece monótono: el bar, la cerveza que toma, los amigos, la charla de cada fin de semana.

En *La perra*, en cambio, no hay injuria; ahora lo que brota es dolor e impotencia. La protagonista se llama Damaris y vive con Rogelio, descrito en forma muy parca por un narrador omnisciente: “Rogelio era un negro grande y musculoso, con cara de estar enojado todo el tiempo” (p. 15). Pero no necesitamos más datos, porque cada acción, cada mirada de Rogelio, nos irán dando pistas sobre quién es. Damaris decide adoptar una perra y la historia narra esa relación, al principio, de amor, y luego de odio. Ella no ha podido tener hijos con Rogelio y vuelca hacia la perra esa necesidad de dar afecto. Pero el animal comenzará a escaparse de casa, a perderse varios días, hasta que un día queda preñada y ya para entonces poco o nada le importará a Damaris su cuidado y el de sus crías. La tensión es permanente en esa relación humano-animal, en la que se ama al extremo para luego arrepentirse de ello. Este ingrediente es el que mantiene al lector en vilo, porque sabemos que algo pasará, que hay un polvorín a punto de estallar; solo es cuestión de acercarse un poco de fuego, con maña.

La novela plantea cómo personas que se consideran “buenas”, mostradas así por el narrador, en un momento cualquiera realizan actos bárbaros. Así, tal cual, lo dijo Quintana en una de las entrevistas, cuando le preguntaron sobre lo que quiso mostrar con la novela: cómo alguien bueno puede cometer un acto atroz.

El espacio de la novela es el Pacífico colombiano, a una hora más o menos de Buenaventura. La cabaña donde viven Damaris y Rogelio queda cerca de un pueblo, descrito así por el narrador: “Todas las casas estaban destartaladas y se elevaban del suelo sobre estacas de madera, con paredes de tabla y techos negros de moho” (p. 11). Rogelio es pescador y Damaris tiene con él relaciones muy tensas. En el pueblo viven otros personajes secundarios como Luzmila, una prima suya; Ximena, la mujer a quien Damaris le regalará la perra en algún momento de la historia; y don Jaime, el de la tienda.

Damaris pasó la infancia en un ambiente carente de afecto y su madre muere antes de que ella cumpla los quince años. En el mismo pueblo, creció con Luzmila y con Nicolasito, el hijo de los Reyes, una familia pudiente de Cali que tiene su cabaña allí. Pero sucedió algo terrible con Nicolasito, pues un día salió con Damaris y se acercó a unos riscos resbalosos, llegó una ola traicionera y se llevó al niño. Entonces ella carga a cuestas varios sucesos: haber crecido junto a una tía; presenciar la muerte de Nicolasito, la de su madre, y ahora, ya antes de los cuarenta años, saber que no es fértil.

Hay mucha rabia contenida en Damaris por todo ello. Y su mayor frustración ahora es no poder concebir hijos. Quintana nos presenta además el machismo de una mujer en una sociedad donde esta solo sirve si puede ser madre. A Damaris la afectan los comentarios de los hombres del pueblo, cuando ven pasar a una mujer mayor de cuarenta: “Cómo está de buena..., y eso que ya debe tener cuarenta, la edad en que las mujeres se secan”. La afecta tener brazos y manos fuertes; cada que en su casa se le cae algo, lavando loza o haciendo oficio, se recrimina. Y Rogelio también la regaña. Expresa el dolor llorando, cuando se percata de que no queda embarazada. En momentos de desesperación rebobina la cinta de su vida y concluye que esta no ha sido como la de los demás, que a ella le ha tocado vivir el lado áspero y corrosivo: “Sentía que la vida era como la caleta y que a ella le había tocado atravesarla caminando con los pies enterrados en el barro y el agua hasta la cintura, sola, completamente sola, en un cuerpo que no le daba hijos y solo servía para romper cosas” (p. 75).

El narrador nos sitúa en una cabaña donde con cada aguacero retumba el techo, donde el mar es el devorador de ilusiones y la gente es cizañera, brusca, violenta. Aunque sería más acertado pensar que esa naturaleza no es agreste o violenta, pues la naturaleza simplemente es. La personalidad de Rogelio es distorsionada por momentos, y esto lo hace muy bien Quintana, pues constantemente nos lo presenta como un hombre sin escrúpulos; pero cuando la novela avanza nos damos cuenta de que, en el fondo, tal vez Da-

maris puede ser más feroz.

Ellos tienen dos perros más, aparte de la perra. A uno de ellos, Mosco, un día cualquiera se le llena de gusanos una herida en la cola y Rogelio procede a realizar el trabajo arduo: “Ahora quedate quieto, Mosco hijueputa —ordenó—. Lo agarró por la punta de la cola, alzó su machete y, antes de que Damaris pudiera entender lo que haría, se la cortó de un tajo. Aullando, Mosco salió a correr y Damaris miró a Rogelio horrorizada. Él, con la cola plagada de gusanos todavía en la mano, alzó los hombros y dijo que solo lo había hecho para detener la infección, pero ella siempre creyó que lo había disfrutado” (pp. 12-13). Con una escena como la anterior, Quintana trata de mostrarnos a Rogelio como alguien cruel, pero algo más se esconde tras esta acción: una rusticidad necesaria, benéfica, en la selva.

La autora contrapone a ese Rogelio basto con una Damaris maternal. Para ejemplificar, muestro un par de pasajes que dan cuenta de esa necesidad que tiene ella de velar por la salud de otro ser vivo: “Durante el día Damaris llevaba a la perra metida en el brasier, entre sus tetas blandas y generosas, para mantenerla calentita. Por las noches la dejaba en la caja de cartón que le había regalado don Jaime, con una botella de agua caliente y la camiseta que había usado ese día para que no extrañara su olor” (p. 16). Y el otro ejemplo: “También la acariciaba de día, por la tarde, luego de que acababa los oficios de la mañana y el almuerzo, y se sentaba en una silla plástica a ver las telenovelas con ella en su regazo” (p. 17).

La gran fortaleza de *La perra* es la historia misma. Aquí no hay estructuras complejas, ni diversidad de voces, ni tiempos narrativos que se entrelazan y se complementan; no hay experimentaciones formales, lenguaje espurio; no hay nada de ello porque la historia misma es como esa ola gigante que se lleva a Nicolasito para no devolverlo más. Sentimos dolor y rabia con Damaris porque, parafraseando a Umberto Eco, según un acuerdo narrativo, vivimos ese mundo posible como si fuera el nuestro. Ese es el poder de la ficción, cuestión que Eco estudió tanto: ser capaces de derramar lágrimas por el suicidio de Ana Karenina y no hacerlo por las personas que

mueren de hambre en el mundo.

Apartada de tantas novelas que reproducen hasta el hartazgo las mismas historias del matoncito de la cuadra, el pistolero, el individuo de clase alta que se ve involucrado con el narco por una u otra razón, y que no están aportando nada nuevo a nuestra narrativa, novelas que incluso se están premiando en importantes concursos de las principales ciudades; apartada de estos fenómenos evidentemente comerciales, está *La perra*, para darle un respiro a la literatura colombiana. Estamos ante una narradora que dará mucho de qué hablar, porque su obra logra estremecer moldeando lo cotidiano para transformarlo en arte puro.

José Ignacio Escobar